



Greg Austin y Marie-Ange Schellekens-Gaiffe (eds.), *Energy and Conflict Prevention*, Suecia, Gidlunds Forlag, 2007, 268 pp.

Desde el siglo pasado, la mayoría de los conflictos armados se han suscitado en áreas donde la energía u otros recursos naturales constituyen un factor estratégico y se encuentran en el centro de las confrontaciones. La situación respecto a la escasez de petróleo, la inestabilidad política en países productores, el incremento en los precios de los energéticos y la llegada de nuevos actores a la escena internacional, tanto gubernamentales como no gubernamentales, incrementa las preocupaciones referentes a la seguridad energética, que se ha convertido en una cuestión internacional que engloba factores económicos, sociales, políticos y de medio ambiente. Por ello se requiere un sistema global, encuadrado en un marco donde exista una coordinación adecuada entre los gobiernos, las industrias y la sociedad civil, con la finalidad de prevenir conflictos futuros.

En este contexto, el Programa Anna Lindh en Prevención de Conflictos, de la Fundación Europea Madariaga, la Fundación Tercentenaria del Banco de Suecia y el Instituto Este-Oeste publican el cuarto volumen de la serie Prevención de Conflictos, dedicado a la seguridad energética. Esta obra es una compilación de ensayos elaborados por académicos y especialistas, quienes exploran la relación entre los países productores y los países consumidores de energía, la competencia

por los recursos energéticos, así como la posibilidad de futuros conflictos.

El libro se divide en dos partes: la primera se enfoca a los desafíos globales y las oportunidades futuras, a partir de un estudio comparativo entre las relaciones de ciertos países consumidores como China, India y Estados Unidos, con Rusia como país productor. La segunda, destaca la cooperación regional como una herramienta esencial para la prevención de conflictos y toma como modelo la colaboración de varios actores en las zonas del Mar de Barents y el Cáucaso.

La posibilidad de escasez de energía en el futuro y la inestabilidad política en la mayoría de los países productores de energéticos provocan el alza en los precios y agravan la inquietud en los países consumidores de energía respecto al surgimiento y proliferación de conflictos. En este sentido y de manera introductoria a la obra, Javier Solana hace referencia a la necesidad de tener una política común de seguridad energética y describe cómo en 2006 la Comisión Europea estableció una política energética para el continente, que toma en cuenta la creciente dependencia de Europa en el consumo de energía. Esta política se basa en combinar el buen funcionamiento de los mercados con las necesidades de los consumidores, a través de la diversificación de proveedores, así como el aseguramiento del medio ambiente.

También, Solana enfatiza la importancia de la seguridad en la política exterior europea para hacer frente a situaciones actuales como conflictos armados, uso de la energía como arma de presión, países generadores de energía con regímenes fundamentalistas y alza de precios. En este contexto subraya como prioridades para la Unión Europea las siguientes: un nuevo acuerdo con Rusia; la intensificación de las relaciones con los países de Asia Central y las regiones del Mar Negro y el Mar Caspio; el fortalecimiento de diálogos bilaterales con otros Es-

tados consumidores; la implementación de un tratado de energía comunitaria; el uso de los mecanismos europeos para crear un marco de seguridad; el reforzamiento de las relaciones con los países productores del Magreb y los países africanos, así como la promoción del acceso a la energía dentro de un contexto de desarrollo sustentable.

Marie-Ange Schellekens-Gaiffe presenta una breve introducción en la que alude al espíritu de cooperación europea en relación con la prevención de conflictos. Para la autora, esta compilación de ensayos es una plataforma desde la cual los autores reflexionan y dialogan abiertamente respecto al tema de los energéticos, y afirman la necesidad de una política de energía global y coherente, donde la participación de Rusia y Estados Unidos resulta inminente. Schellekens-Gaiffe subraya que, a través de un marco de cooperación en seguridad energética y una economía estable, se lograrán acciones concretas y efectivas para revertir el cambio climático. Asimismo señala la importancia del proyecto europeo como modelo de negociación y diálogo para el resto del mundo.

Una de las limitaciones que existen con referencia a la seguridad energética es la falta de un concepto claro y preciso que defina el término en un contexto global. En ese sentido, Nick Mabey enmarca la seguridad energética dentro de un ámbito de seguridad militar y seguridad económica. El autor considera que las siguientes reflexiones influyen en el desarrollo mundial de la misma:

1. Las alianzas bilaterales en materia de energía han prevenido o debilitado la acción colectiva para resolver otro tipo de conflictos; la geopolítica de la seguridad energética limita a la comunidad internacional a actuar en varias partes del mundo donde hay una inestabilidad política y social, especialmente en África, Asia Central y Medio Oriente. Mabey pone como ejemplo la relación entre China e Irán respecto a los energéticos, que ha

debilitado las acciones del Consejo de Seguridad en contra de Irán en lo que a proliferación nuclear se refiere.

2. Las relaciones entre los Estados respecto al acceso de energía están influyendo en el debilitamiento del Estado en ciertos países productores, ya que los incentivos para el desarrollo de un buen gobierno y un sistema de transparencia son menores a los incentivos para continuar bajo un modelo de corrupción.

3. La rivalidad estratégica sobre el acceso a los recursos energéticos disminuye la confiabilidad entre los países consumidores; crea un ambiente de desconfianza y desacuerdo, y hace más difícil la cooperación.

4. El desarrollo de la energía en ciertos países acelera el cambio climático.

Debido a estas limitaciones, en opinión de Mabey es necesaria una propuesta de cooperación basada en el acceso al mercado de energéticos, la transparencia y el buen gobierno en los países productores, así como una diversificación del consumo y una política compatible y responsable con el medio ambiente.

Si bien es responsabilidad de los Estados crear un ambiente adecuado para el desarrollo de un proyecto global, las organizaciones regionales e internacionales deben asimismo contribuir a la formación de un marco adecuado para el avance de este proyecto. Dentro de este contexto, Greg Austin y Danila Bochkarev realizan un análisis sobre los marcos nacionales e internacionales que existen para monitorear y responder a los dilemas que impone la seguridad energética. Debido a los diferentes aspectos que abarca el tema de la energía, los autores consideran que la participación de los organismos internacionales y regionales ha sido muy limitada, ya que ninguna organización tiene la capacidad de crear una serie de lineamientos que aborden los problemas derivados del consumo y la producción de energéticos. Así, por ejemplo, el organismo principal en

manejo de energía, la Agencia Internacional de Energía (AIE), carece de instrumentos para prevenir nuevas tensiones y amenazas. Asimismo, critican que la participación de los Estados en esta organización sea únicamente de los países ricos y desarrollados, por lo que las necesidades de los países en desarrollo son ignoradas.

La propuesta principal de los autores es la creación de regímenes internacionales para regular y actuar con respecto a la seguridad energética. Plantean la posibilidad de expandir las normas y reglas de la AIE a fin de que pueda actuar conforme a las necesidades presentes de todos los Estados, así como utilizar otros foros como la Organización Mundial del Comercio (OMC), el Foro de Cooperación Asia-Pacífico (APEC), la Asociación de Naciones del Sureste Asiático (ASEAN, por sus siglas en inglés), o el Protocolo de Kioto, para crear mecanismos eficaces de participación y respuesta, que estén dotados de transparencia y compromiso. En este contexto de cooperación, la seguridad energética no se vería involucrada con el poder militar de los Estados, lo que podría contribuir a la creación de un ambiente de estabilidad en la arena internacional.

En cuanto a los estudios de caso, Shoichi Itoh hace un análisis sobre la relación entre Rusia y Asia. Japón continúa siendo uno de los principales consumidores de energéticos en el mundo y China ha incrementado su consumo en forma excesiva; por ello, la relación entre estos dos países —consumidores— y Rusia —productor— debería basarse en una colaboración más amplia, especialmente por su cercanía. Sin embargo, Itoh considera que la cooperación entre los tres países, en particular entre Japón y Rusia, ha sido limitada debido a la falta de instituciones efectivas, a una desconfianza mutua y a cálculos geopolíticos excesivos. Japón cuenta con una tecnología avanzada en refinería y desarrollo de energéticos; sin embargo, no le ha sido posible invertir en Rusia ya que aún existe en este país

un ambiente hostil hacia las inversiones extranjeras en materia de energía.

En el caso de China, Itoh considera que la relación con Rusia podría ser más constante y amigable, ya que China ha incrementado su importación de crudo ruso; no obstante, la desconfianza de ambos países ha entorpecido las negociaciones con respecto a los precios del petróleo y el gas natural. Por otro lado, el escepticismo de Rusia ante la influencia de China en el país ha llevado a que los chinos limiten sus inversiones en materia de energéticos. En conclusión, el autor propone que para que Rusia pueda convertirse en la fuente principal de energía para Asia, ésta debe dejar de recurrir al nacionalismo, eliminar las barreras para la inversión extranjera y revertir la desconfianza geopolítica.

En el caso de China e India, naciones que se han posicionado en este siglo como potencias emergentes y grandes consumidoras de energía, Lijun Zhang afirma que, debido a que los dos países han implementando sus estrategias energéticas y expandido la exploración y producción de recursos extranjeros, se ha creado un ambiente de competencia, lo que a su vez ha generado un alza importante en el precio de los energéticos y ha contribuido a que ambos inviertan en países de alto riesgo o en países que mantienen relaciones políticas tensas con Estados Unidos. Tanto China como India consideran que al ampliar sus inversiones en energéticos fortalecen su propia seguridad en esa materia, lo cual les afecta a ambos y al resto del mundo, ya que podría originarse un conflicto mayor. Por ello, Zhang señala que es de suma importancia el establecimiento de un sistema de seguridad energética conjunto.

Por otra parte, el autor considera que la cooperación y la coordinación en materia de energía también tendrían que desarrollarse en el este de Asia y estar encabezadas por los tres principales consumidores de energéticos: Japón, China y Corea

del Sur, ya que su dependencia y sus estrategias están creando un ambiente de conflicto con respecto a los energéticos derivados de Rusia y del Mar del Este de China. Al respecto, Zhang puntualiza la necesidad de lograr una colaboración entre estos países e identifica tres formas en las que podría llevarse a cabo: a) la creación de una estrategia energética conjunta debido a su conexión geográfica; b) el establecimiento de sistemas de demanda de energía más eficientes, y c) la utilización de foros regionales, como la ASEAN, para la creación de una táctica conjunta que combine el desarrollo, la energía, la seguridad y el cambio climático. Esta colaboración no únicamente sería positiva para los países asiáticos, sino para todo el mercado internacional.

En la misma línea de los otros autores, en el ámbito de la cooperación internacional, Hongtu Zhao afirma la importancia de reforzar el diálogo entre China y Estados Unidos. A diferencia de los otros países consumidores y competidores, y del riesgo de conflicto entre ellos, Zhao considera que, debido a la interdependencia y a sus intereses comunes, no es posible que se genere un conflicto entre China y Estados Unidos. Sin embargo, debido a ciertas situaciones históricas, culturales, sociales y económicas que influyen en la percepción de estos países respecto a una estrategia de seguridad energética, Zhao propone que la cooperación se dé en forma gradual y en áreas específicas, para que eventualmente se pueda lograr una estrategia compartida.

De acuerdo con el autor, una de las áreas en que la cooperación podría prosperar es el medio ambiente. Estados Unidos posee una experiencia avanzada en el desarrollo de energías renovables y protección del medio ambiente, mientras que China ha desarrollado nuevas empresas para la producción de electricidad, ahorro de energía y purificación de la atmósfera. Así, los dos pueden crear un gran mercado para la demanda de

tecnologías en el ámbito de desarrollo de nuevas y renovables energías, con el consiguiente incremento de la eficiencia y la protección del medio ambiente. En este contexto, para Zhao es de suma importancia que los mayores consumidores de energéticos colaboren y contribuyan a la prevención de conflictos y al cuidado del medio ambiente.

La discusión referente a la seguridad energética y a su alcance en las relaciones internacionales precisa de un fortalecimiento en las operaciones de cooperación a través de marcos regionales e internacionales. En este sentido, los autores de la segunda parte del libro analizan de manera específica los posibles casos de cooperación en Europa.

Svante Cornell aborda el caso de los países productores del Mar Caspio (Azerbaiyán, Kazajstán y Turkmenistán) y concuerda con Javier Solana en que una de las prioridades estratégicas de la Unión Europea es evitar la dependencia de un único país proveedor. Sin embargo, varios países europeos ya dependen en un 100% del petróleo y del gas natural de Rusia; de ahí que los países productores del Mar Caspio representen una alternativa accesible para reemplazar la total dependencia de la energía rusa.

La región del Caspio tiene una producción de energía similar a la de Rusia; sin embargo, como su consumo doméstico no es tan grande, se incrementa su posibilidad de convertirse en el principal exportador de gas y petróleo a Europa. Cornell afirma que el desarrollo del oleoducto Baku-Tbilisi-Ceyhan, que provee a las refinerías europeas de petróleo de Azerbaiyán, marca el principio de una cooperación constante entre los productores del Caspio y Europa. Al analizar la política energética rusa, el autor menciona que, debido a sus restricciones, a su escasa transparencia y al control total del Estado sobre Gazprom, Rusia se ha convertido en un país complicado para las negociaciones. Incluso, su interés de controlar también la producción

de los países del Mar Caspio y sus exportaciones hacia Europa amenaza la seguridad energética del continente.

Cornell, al igual que Solana, señala la importancia de que Europa examine alternativas y no dependa totalmente de Rusia como su proveedor principal. En este sentido, menciona varias acciones a través de las cuales las relaciones entre Europa y los países del Caspio se pueden fortalecer. Considera importante que la Unión Europea incremente su cooperación en materia de desarrollo en los países del Mar Caspio, los dote de la infraestructura necesaria para el desarrollo de las empresas energéticas y continúe con el apoyo para la expansión de nuevos oleoductos para petróleo y gas natural. Una relación más dinámica puede facilitar la internacionalización de la resolución de conflictos en el sur del Cáucaso, y contribuir a la democratización y la transparencia de los países en cuestión.

Otra de las regiones importantes que ejemplifican la posible cooperación internacional en seguridad energética es la del Mar de Barents. Los autores señalan su potencial al clasificarla como una de las futuras regiones para la exploración y la exportación de energéticos. El Mar de Barents se encuentra en una parte del océano Ártico, situado en el norte de Noruega y Rusia, por lo que la colaboración en esa región es muy significativa.

En ese sentido, Atle Staalesen aborda la iniciativa de cooperación del Mar de Barents elaborada por Rusia, Finlandia, Suecia y Noruega en 1993. Esta iniciativa fue propuesta por Noruega como una señal de colaboración regional que, a su vez, fortalece las relaciones fronterizas. La iniciativa en la que participan 13 entidades regionales de los países mencionados promueve la estabilidad en la zona y vigoriza las relaciones internacionales.

Por su parte, Bjorn Gunnarsonn y Nigel Chattey corroboran la importancia de la región del Mar de Barents, a la que identifican, junto con el Mar de Kara, como una zona valiosa

para el desarrollo de energéticos, en especial para Rusia. El control total del gobierno ruso sobre la producción de energía, así como de su consumo y su exportación, convierte al Mar de Barents en un proyecto esencial de desarrollo, tanto para este país como para el resto del mundo.

Los autores consideran la necesidad de contar con regímenes marítimos y de medio ambiente que regulen las acciones efectuadas en el Mar de Barents. La instauración de estos regímenes servirían para: a) explorar, a través del uso de tecnología avanzada, los hidrocarburos que se encuentran mar adentro; b) verificar que la fauna del Mar de Barents no sea afectada en la exploración; c) crear nuevas rutas marítimas, nuevos métodos de transporte y mayor infraestructura para la transportación de los energéticos; d) establecer una red de investigación y monitoreo que controle las estaciones instaladas, y e) instituir una mayor participación de la Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar (UNCLOS, por sus siglas en inglés). De igual modo, señalan que la aplicación de estos mecanismos puede brindar resultados positivos en la exploración de la región y asistir en la prevención de conflictos, no sólo en el Mar de Barents, sino también en otras regiones.

Sin embargo, mientras no existan una serie de regímenes que tengan como objetivo la regulación de la zona, será necesaria la formulación de acuerdos bilaterales. Jakub M. Godzimirski analiza dos posturas diferentes en relación con la cooperación bilateral. En el primer caso se encuentran Noruega y Rusia con el proyecto Shtokman, el cual se refiere al desarrollo de un campo de gas natural. El autor analiza la participación de Noruega en este proyecto con Rusia, como una estrategia de cooperación con el mayor proveedor de energía en Europa. Debido a la posición que Noruega ocupa por su contribución al mantenimiento de la paz y la estabilidad de la región del norte de Europa, este país percibe que el manejo conjunto de recursos

sería un buen instrumento para ello. Gracias a este proyecto, Noruega provee de tecnología moderna a Rusia, y ésta a su vez sirve como una puerta hacia el mercado más importante de energéticos. Dicha cooperación es vista como un ejemplo para que otros países europeos colaboren de igual manera. Alemania, por ejemplo, ha comenzado a participar en proyectos de energía con Rusia, de los cuales ambos obtienen un beneficio. En el caso de Alemania, su alianza con el mayor proveedor de petróleo a Europa le brinda una seguridad. Rusia, por su parte, retoma su influencia en Europa Central e incrementa su poderío geopolítico.

El segundo caso que Godzimirski analiza es la relación entre Polonia y Rusia, la cual, debido a su relación histórica, actualmente no contempla una reciprocidad en materia de energéticos. Polonia interpreta su dependencia de Rusia, que es un país proveedor, como una amenaza a su soberanía y seguridad energética. En este sentido, Polonia busca expandir sus fuentes y encontrar otros países proveedores para disminuir esa dependencia.

A diferencia de los otros autores, Godzimirski va más allá al señalar que Rusia utiliza su carácter de proveedor de energéticos como un arma de amenaza política y militar. Sin embargo, también reflexiona sobre el beneficio de que un país como Noruega, perteneciente a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), pueda llegar a acuerdos de colaboración con Rusia.

Por su parte, Lassi Heininen concuerda con la percepción de los autores anteriores al afirmar que la cooperación regional en el Mar de Barents es de suma importancia para el desarrollo político, económico y social de Europa y del mundo, principalmente porque incluye a varias naciones. La cooperación en esta zona surgió entre las comunidades del norte, las capitales del sur y las compañías privadas; de ellas, no obstante, los actores

principales son las naciones de la región. Esta forma de cooperación internacional e intrarregional fortalece la zona, ya que los actores involucrados trabajan para mejorar el desarrollo de la misma e implementar innovaciones tecnológicas. Para Heinen, este ejemplo es un modelo que otras regiones podrían seguir en el futuro, ya que prevé la desmilitarización de la zona, promueve la inversión y la creación de infraestructuras, lo que evita la dependencia extrema en las reservas de hidrocarburos y protege el medio ambiente.

El surgimiento de nuevos actores en la arena internacional aumenta las posibilidades de cooperación, ya que representa una oportunidad para establecer una responsabilidad compartida. Es así como la sociedad, mediante la creación de comunidades epistémicas, se introduce en el tema y colabora en la resolución de conflictos y la formación de elementos para apoyar el desarrollo de una seguridad energética.

En el capítulo que cierra la obra, Anatoli Bourmistrov y Jann Oddvar Sornes destacan la función de las comunidades epistémicas en la resolución de conflictos. Para ellos, la sociedad desempeña un papel principal en la cooperación y la coordinación, por lo que consideran que ilustrar y adentrar a la comunidad se convierte en un instrumento eficaz para abordar los temas que se pretende solucionar. En este sentido, explican el modelo de cooperación académica establecido entre la Escuela de Negocios Bodo en Noruega y las universidades rusas pertenecientes a la Alianza Universitaria del Noroeste (NWUA, por sus siglas en inglés). Esta relación de cooperación comenzó hace 15 años con el fin de crear comunidades epistémicas que tuvieran la capacidad y el conocimiento para entender las relaciones entre los países en materia energética. El intercambio de estudiantes y académicos fortalece las relaciones bilaterales de los países y crea un mayor entendimiento entre los actores.

El libro es un texto novedoso en el que se plantean argumentos o asuntos de gran actualidad, como son los energéticos, la seguridad en torno a éstos y el mantenimiento del medio ambiente. Constituye una contribución importante sobre el tema; es consistente, y estudia a profundidad las relaciones de seguridad energética en Europa. Además, ofrece al lector una idea clara sobre la seguridad energética y su importancia en el desarrollo de las relaciones internacionales.

Los autores de *Energy and Conflict Prevention* concuerdan en la necesidad de establecer una cooperación más estrecha entre los países consumidores y los países productores, y señalan el papel sustantivo que juega Rusia en este tema. Asimismo, los modelos de cooperación y las relaciones entre los países que son analizados en la obra sirven como ejemplo para la comunidad internacional, pues su desarrollo se puede implementar en otras regiones, sean consumidoras o productoras de energía.

Por otra parte, la obra es significativa para el progreso de las relaciones internacionales, ya que se basa en un enfoque multilateralista, en el cual las organizaciones regionales e internacionales son contempladas como un instrumento esencial para abordar los temas de seguridad y prevención de conflictos.

A pesar de que este volumen no incluye a los principales países productores de Medio Oriente y América Latina, significa un buen comienzo para abordar el tema e identificar los retos y los alcances de la seguridad energética.

Yúriko L. Garcés Lee